MARIA EN TU VIDA

Fray Antonio Corredor García
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-116-6
Depósito legal: M. 22.397-2000
Printed in Spain
Impreso en España por:
Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)
Herreros, 42. Políg. Ind. Los Ángeles
GETAFE (Madrid)

MARIA EN TU VIDA

María en tu vida, en la mía, en la de todos. Ella, y siempre Ella. Porque María es Madre de misericordia, Abogada nuestra ante su divino Hijo, Omnipotencia suplicante, Medianera de todas las gracias. Lee y medita los hechos y dichos que siguen. Están tomados de la vida real. Como sus protagonistas, sé tú también devoto de la Virgen. No te arrepentirás. La devoción a María, dicen los Santos, es prenda de salvación.

1. García Moreno, Presidente del Ecuador

Es el rosario una serie de oraciones en honor de María, acompañadas de piadosas meditaciones de misterios de su vida y de la vida de Jesús. Se llama ROSARIO porque, entrelazadas las oraciones con las meditaciones, forman una corona de celestiales rosas que ofrecemos

a Nuestra Señora, a quien aclamamos ROSA MYSTICA.

¿Y no es el rosario la devoción predilecta del fiel cristiano? Era un fiel cristiano el gran Presidente del Ecuador, García Moreno. Visitaba él un día a un grupo de irlandeses, que hizo venir de Estados Unidos a fin de que instalaran un aserradero mecánico. Y hablando familiarmente con ellos, preguntóles sobre sus costumbres religiosas y qué cantos sabían en honor de la Santísima Virgen María.

Una dulce y hermosa canción brotó entonces de labios de los buenos irlandeses, a quien García Moreno escuchaba conmovido. Y les dijo:

–¿Amáis mucho a la Santísima Virgen María?

–Mucho, con toda nuestra alma.

–Entonces nos podemos arrodillar y rezar juntos el rosario.

Y todos de rodillas, rodeando al Presidente, rezaron con gran fervor el rosario a María.

2. Corazón de madre

Un corazón de madre, de muchas de ellas, es un abismo de bondad. ¿Cómo será, entonces, el de Santa María?

«El corazón de María –dice el Santo Cura de Ars– es tan tierno para con nosotros, que

los de todas las madres reunidas no son sino un pedazo de hielo al lado del suyo.»

En el Cielo continúa siendo Medianera. La tarea de la madre no termina mientras queden hijos suyos en la tierra. Afirma también este santo sacerdote: «Yo creo que al fin del mundo estará muy tranquila la Santísima Virgen; pero mientras dura el mundo, se la requiere por todas partes. Se parece a una madre que tiene muchos hijos: está constantemente ocupada en ir del uno al otro».

(M. Aramí – «Vive tu vida»)

3. Participaba de los Dolores de María

La santa virgen Gema Galgani, decía: Vaya quien quiera a contemplar a Jesús en el Tabor, yo le contemplaré en el Calvario, acompañando a mi querida Madre Dolorosa. Por fin, cierto día, queriendo Jesús, asociarla plenamente a la Dolorosa al pie de la Cruz, mostrándosele, le dijo: «¡Gema, valor! ¡Te espero en el Calvario!» Era el 8 de junio de 1899. Oid a la Santa. «Al anochecer, sentí un dolor tan intenso de mis pecados, que me puso a las puertas de la muerte». Nótese que jamás cometió un solo pecado venial advertido. Prosigue la santa. «Al recogimiento interior, siguióle la pérdida de los

sentidos. Me encontré en presencia de mi Madre celestial, la cual me dirigió estas palabras: Hija, en nombre de Jesús, tus pecados te son perdonados. Después agregó: Mi Hijo te ama mucho, y quiere concederte una gracia. ¿Te harás digna de ella? No sabía qué responder, y ella me animó, diciendo: Seré tu Madre. ¡Te portarás como mi buena hija! En el mismo instante, se apareció Jesús con sus llagas abiertas; pero, en vez de manar sangre, salían de ellas llamas de fuego, las cuales, tocando en mis manos, pies y costado, me causaron tan mortal dolor, que si mi Madre celestial no me hubiera sostenido, hubiera rodado por el suelo. Permanecí varias horas en aquella posición, cubierta con el manto de mi Madre Santísima, la cual me besó en la frente. Después desapareció todo. Al volver en mí, noté estaba en el suelo arrodillada; que las manos, pies y costado me dolían mucho; y al levantarme del suelo, vi que de las partes doloridas manaba sangre. Desde ese día, se repetía el fenómeno periódicamente, desde la noche del jueves, como a las ocho, hasta el viernes a las tres de la tarde. Una de las personas que vio a Gema en estos éxtasis, afirmó, con juramento, que la abundancia de la sangre era tal que corría hasta el suelo. No sólo las llagas, mas todos los dolores de Jesús, quiso Dios participara esta santa virgen, asociada a la Pasión con la Madre Dolo-

rosa. He aquí cómo cuenta ella misma de qué modo la hizo Jesús participar de los dolores de la Coronación de espinas.

En la noche del 19 de julio de 1900, experimenté gran recogimiento. Jesús estaba cerca. Como en otras ocasiones, al recogimiento se siguió el perder el uso de los sentidos. Me encontré con Jesús padeciendo horribles penas. ¡Cómo había de ver a Jesús, sin ayudarle! Se apoderó de mí un gran deseo de padecer con él, por lo cual, con repetidas instancias, suplique a Jesús me concediera esta gracia. Al instante fueron satisfechos mis deseos. Jesús se acercó y, quitando la corona de espinas de su cabeza, con sus manos santísimas la colocó sobre la mía, y la oprimió contra mis sienes. Momentos de dolor fueron aquellos, pero felices. Así estuve una hora sufriendo con Jesús». Los hechos se encargaron, dice su Director, de mostrar, que eso que narra la santa no era efecto de su imaginación, sino una viva realidad. La cabeza de Gema se veía rodeada de heridas, de las cuales brotaba sangre. Y no sólo en la circunferencia, sino en toda su cabeza, por debajo de sus cabellos.

Todas las semanas le hacía Jesús la misma gracia, uniéndola a los Dolores de María. ¡Gloria sea a Dios!

4. A mí me ha convertido el demonio

Gilbert K. Chésterton, ilustre escritor inglés, se hallaba escuchando un sermón de un Pastor protestante, el cual, airado, arremetía contra los católicos porque aseguraban que existía una criatura a quien el Creador debía algo. «*Y esta criatura* –gritaba el cleryman– *es María*».

Sin poderse contener, saltó Chésterton de su asiento, exclamando: «*¡Pues es cierto! Dios debe a la Virgen el haberse hecho Hombre*».

Causó sensación en la concurrencia; pero Gilbert, tranquilo a la par que entusiasmado, abandonó el templo protestante...

Después de convertido, no quiso influir en la conversión de su esposa. Esperaba que se convertiría por convicción propia, como sucedió, en efecto, al poco tiempo.

Al preguntarle sus amigos cómo se había efectuado su conversión, la señora, que tenía agudísimo sentido del humor, respondió: «*A mí me ha convertido el demonio...* He visto en el mundo una maldad tan monstruosa, que he comprendido que sólo un espíritu muy superior al hombre puede inspirarla (Satanás). Contraponiendo a esto la bondad, la inocencia, la pureza y todo lo bello existente, he reflexionado, he comparado y... me he encontrado con Dios. Solamente la Iglesia Católica me

da la justa medida de lo uno y de lo otro».

¡Qué rabia le daría a Satanás la ironía de esta inteligente señora! Santo Tomás Moro dijo que nada hay más irritante para el espíritu orgulloso (el diablo) que el ser objeto de burla.

5. Cada acto de amor

Dijo el Señor a Sor Consolata Betrone: «Cada acto de amor (¡JESÚS, MARÍA, OS AMO, SALVAD ALMAS!) decide la *salvación eterna* de un alma y vale como reparación de mil blasfemias». Aconsejemos a nuestros amigos que hagan este acto de amor lo más frecuentemente posible.

6. Un desesperado

Negábase un penitente a confesarse, llevado de la desesperación y espanto por una vida llena de graves pecados. Acude San Vicente de Paúl y le dice:

–Amigo mío, sabiendo que Jesucristo murió en la cruz por usted, ¿duda de su misericordia?... Quiero arrancarle a usted de la *condenación eterna*. –E invitó a los presentes a rezar con fe el Avemaría, a fin de obtener, por me-

diación de María Santísima, la conversión del pecador obstinado...

Y he aquí que se mueve el corazón de aquel desgraciado, quien se confiesa y muere consolado.

7. Estalló una bomba

En 1905, Alfonso XIII, rey de España, visitó en París al Presidente de la República, Loubet. Al regresar de «La Opera», estalló una bomba que acribilló la carroza en que iban ambos Jefes de Estado. Afortunadamente salieron ilesos. Al llegar a su residencia, dijo a Mr. Loubet su esposa:

–Es la medalla la que te ha protegido.

–¿Qué medalla? –preguntó el Presidente.

–La que coso siempre en tu chaqueta, cuando me dejas.

Era una medalla de la Virgen de Lourdes.

8. San Bernardino de Siena

Cuánto ame la Virgen Santísima hacer participantes de su gracia a sus devotos, aparece manifiesto en la vida de San Bernardino de Siena, franciscano. Desde sus primeros años, empezó este insigne Apóstol a ser devoto del

Santísimo Nombre de Jesús y honrar de modo especial a la gloriosa Reina del cielo, ayunando los sábados en su honor y obsequiándola con señales de afecto y de veneración. Esta Madre llena de bondad, que no se deja vencer en su generosidad, se complació en adornar el alma de su fiel siervo con toda especie de gracias, preparándole para la misión a la cual Dios le predestinaba.

Creciendo en edad, crecía también la devoción hacia esta amantísima Madre. Cuéntase que todos los días solía ir a una de las puertas de la ciudad de Siena, llamada Puerta Camollía, y allí, postrado delante de un hermoso fresco de la Virgen, sin ningún respeto humano, se desahogaba dando rienda suelta a sus afectos filiales, llamando a María, su Madre, su Amiga, su Amada... No se frustró su confianza en la Madre de la divina gracia, porque pudo salir de un mundo lleno de peligros y entrar en la Orden de Frailes Menores, como hacía mucho tiempo que lo deseaba ardientemente.

Habiendo recibido de los Superiores la misión de predicar en varias ciudades de Italia y de llamar a los hombres a la práctica de la vida cristiana, por la intercesión de María, fue milagrosamente librado de un defecto de voz, ocasionado por una enfermedad, quedando expedito y sano para poder predicar. En muchas

ciudades donde debía predicar, reinaban los vicios y la corrupción de costumbres, los odios y las luchas fratricidas, los escándalos y la usura. Mas la Virgen Santísima, bajo cuya protección había colocado todo los éxitos de sus apostólicas fatigas, le ayudó de un modo visible en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas. A sus predicaciones cesaban los escándalos, se componían las lites, se perdonaban las injurias, volvían al recto camino los extraviados. Sus viajes apostólicos eran otros tantos triunfos de la gracia sobre el pecado... Consumado por las fatigas y por las penitencias, el día 20 de mayo de 1444 murió plácidamente y voló a recibir la recompensa eterna, merecida por su fecunda vida apostólica, practicada bajo la protección de la Madre de la divina gracia.

9. «No te precipites»

Un Padre Misionero de las Islas Filipinas tenía un lorito que había llegado a aprender estas dos frases: «Ave María Purísima». «No te precipites». Las había aprendido por repetirlas constantemente el Misionero. Un día se encontró con la jaula abierta. Pocos días después se presentó un joven con el lorito y le contó que quería ahorcarse, pero le sorprendió el lo-

rito, que le dijo: «Ave María Purísima». «No te precipites». Fácil es comprender la emoción de aquel joven.

10. Santa Margarita María Alacoque

Santa María de Alacoque, cierta vez, se permitió rezar el Rosario sentada y no de rodillas, como tenía por costumbre. Mientras rezaba, oyó una voz que le dijo: «Hija mía, me sorprende que hoy me sirvas con tanta negligencia», y rápidamente se arrodilló. En la oración mostremos a Dios todo el respeto que se merece, siempre que podamos.

11. Cegar el canal

Holofernes, para tomar la ciudad de Betulia, mandó romper las cañerías del agua. Así también Satanás cuando quiere ganar a un alma, trabaja por cegarle el canal de la devoción a María. Una vez cegado este canal, con toda facilidad se apodera del alcázar del corazón. Honremos, pues, a esta nuestra Reina, recurriendo siempre muy confiadamente a su protección. Todas las gracias de esperanza y salvación nos vienen por las manos de María, como dice San Antonio.

12. Un militar valiente

Los soldados de D. Juan de Austria hallábanse rezando el Rosario, cuando se dio la señal de combate, que fue el triunfo de Lepanto.

Un soldado enfermo, consumido por la fiebre, alcanza a fuerza de ruegos el puesto de mayor peligro. En breve recibe un balazo en el pecho y otro en la mano izquierda.

–Retírate –le dice su Capitán.

–Mi Capitán; quien reza el rosario con fe, no teme la muerte, contestó el *valiente.*

Este soldado tan aguerrido, fue después el asombro de la literatura española: *el autor de «El Quijote», don Miguel de Cervantes Saavedra.*

13. Sor Dominica del Paraíso

Se lee en la vida de Sor Dominica del Paraíso, escrita por el Padre Ignacio del Niente, dominico, que en una aldea llamada Paraíso, cerca de Florencia, nació esta doncellita de padres pobres. Desde niña empezó a servir a la divina Madre. Ayunaba en honra suya todos los días de la semana, y después los sábados repartía a los pobres la comida que se había quitado de la boca, y, yendo al huerto de su casa o a los campos vecinos, recogía todas las flores

que podía, y las presentaba delante de la imagen de la Santísima Virgen con el niño en los brazos que tenía en su casa.

Pero volvamos ahora a ver con cuántos favores la agradecidísima Señora compensaba los obsequios que esta su sierva le ofrecía. Estando una vez Dominica a la ventana (y era entonces de diez años), vio en la calle a una mujer de hermoso aspecto y consigo un niño y que entrambos alargaban la mano en actitud de pedir limosna. Va ella a tomar el pan, y he aquí que, sin abrir la puerta, se los ve delante, y advierte que el niño tenía heridas en las manos, los pies y el pecho. Por lo cual preguntó a la mujer: –¿Quién ha herido a este niño? Respondió la mujer: *–Lo ha herido el amor*. Dominica, enamorada de la modestia y hermosura de aquel niño, le preguntó si le dolían aquellas heridas. Mas él no respondió sino con una sonrisa. Entretanto, estando ya cerca de las imágenes de Jesús y de María, dijo la mujer a Dominica: *–Dime, hija, ¿quién te mueve a coronar estas imágenes de flores?* Ella respondió: *–Me mueve el amor que tengo a Jesús y María. –Y, ¿cuánto los amas? –Los amo cuanto puedo. –¿Y cuánto puedes? –Cuanto ellos me ayudan. –Prosigue* (dijo entonces la mujer), *prosigue en amarlos, que bien te lo pagarán ellos en el cielo.*

Luego, percibiendo aquella doncella que

salía de aquellas llagas un olor celestial, preguntó a la madre con qué ungüento las ungía y si aquel ungüento se podría comprar. Respondió la mujer:

–Se compra con la fe y con las obras.

Dominica les ofreció el pan. La madre dijo:

–La comida de este mi hijo es el amor: dile que amas a Jesús, y le alegrarás.

El niño, apenas oyó este nombre de amor, empezó a regocijarse, y vuelto a la doncella, preguntó:

–¿Cuánto amas a Jesús?

Y respondió ella que le amaba tanto que día y noche siempre pensaba en El, ni buscaba otra cosa más que darle gusto cuanto podía.

–Ahora bien (añadió él), ámale, que el amor te enseñará qué debes hacer para darle gusto.

Creciendo después el olor que exhalaba de aquellas llagas, exclamó Dominica: –¡Oh Dios! Esta fragancia me hace morir de amor. Si el olor de un niño es tan suave, ¿qué será el olor del paraíso? Mas he aquí entonces mudarse la escena: La madre apareció vestida de Reina y cercada de luz, y el niño, hermoso y resplandeciente como un sol, que, tomando aquellas mismas flores, las esparció sobre la cabeza de Dominica, la cual, reconociendo ya en aquellos personajes a María y a Jesús, se había postrado para adorarlos. Y así dio fin la visión.

Dominica tomó después el hábito de Santo Domingo y murió en opinión de santa en el año 1553.

(Reina y Madre)

14 – El Ave María

Mientras los Reyes Católicos hacían los preparativos para el sitio de Granada, Hernán Pérez del Pulgar penetró una noche en la ciudad con quince intrépidos guerrilleros; mientras éstos luchaban con la guarnición que custodiaba la puerta por donde entraron, se adelantó él al galope hasta la mezquita, clavando en ella un pergamino con la inscripción «AVE MARIA», en señal de que tomaba posesión de la mezquita en nombre de la Reina del cielo.

15. San Gabriel de la Dolorosa

En Asís, patria de San Francisco, hijo de Benardone y de Pica, en marzo de 1838, nació el hijo de Santos Posenti y de Inés Frisciolti, los cuales, por devoción al *Poverello*, pusieron por nombre al recién nacido Francisco Possenti. De índole buena, de ingenio pronto y de corazón compasivo, era el consuelo y la esperan-

za de sus padres. De los doce años a los dieciocho, luchó contra las inclinaciones de la naturaleza. Determinó renunciar completamente al mundo y hacerse religioso pasionista.

El 15 de agosto de 1856, día de la Asunción de la Virgen, se llevaba en procesión una venerada y hermosa imagen de la catedral de Espoleto; el joven, en compañía de su padre, que era gobernador de la ciudad, esperaba de rodillas el paso de la Virgen, y, fijando los ojos en su cara, le pareció que le decía: «Francisco, ¿a qué esperas?» Salió de entre la multitud y empezó a llorar. La Virgen había herido su corazón.

Por su amor a la Pasión del Señor y su devoción a la Virgen de los Dolores, determinó ingresar en la Congregación de los Padres Pasionistas. Se santificó en pocos años y hoy se venera ya en los altares con culto público, con el nombre de San Gabriel de la Dolorosa.

16. Para dormir dulcemente

«¿Qué hace usted para dormirse tan pronto?, le preguntaba a María Teresa González Quevedo la Hermana Carmen Luna, un día ya cercano a su muerte.

–Pues, pienso que la almohada son los bra-

zos de la Virgen; y la ropa, su manto. ¡No pienso nada más!

La Sierva de Dios llevaba a la Santísima Virgen grabada en su ser. Su existencia era un vivir siempre pendiente de la Virgen o, como ella tan gráficamente decía, era tener a la Virgen al alcance de la mano»

17. Id a María

Faraón dio plenos poderes a José sobre todo Egipto. A todos los que imploraban su auxilio, los remitía diciéndoles: Id a José. Así también obra Dios. A los que le imploran su socorro, les dice: Id a María. Por eso nosotros los cristianos podemos decir con mucha más razón que los egipcios decían a José: «Nuestra salvación está en tu mano». Por eso puede decir San Bernardo: «Dios ha decretado no concedernos merced alguna sino por María».

18. San Fernando, Rey de España

Difícil de resumir la vida de este Santo, hijo de Don Alfonso y doña Berenguela, que supo imprimir a su hijo el imborrable sello del amor a Dios, a la Virgen Santísima, y la caridad para con los pobres. Conservó toda su

vida ese gran cariño a la madre que le dio el ser, que, censurándoselo algunos cortesanos, les contestó: «Cuando deje de ser hijo, dejaré de ser obediente». Desde joven hasta su muerte, fue continuo batallar, primero hasta unir León a Castilla y luego contra la morisma enemiga de la Religión Cristiana. El número de sus triunfos fue el de sus batallas. Cuatro fueron sus verdaderos amores: El amor a Dios, a la Virgen Santísima, a los pobres y a su madre. Sus ayunos eran continuos, sus penitencias rigurosas, llevando, bajo su manto real, ásperos cilicios. Durante seis meses que duró el cerco de Sevilla, pasaba dos horas en oración diariamente y se daba tres sangrientas disciplinas. Todos sus honores de triunfo comenzaban por María y acababan con María, y a Ella, a Dios y al valor de sus soldados, atribuía sus triunfos.

Entregó su espíritu al Creador, aquella grande alma, el 30 de Mayo del año 1252. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia mayor de Sevilla, donde se conserva hasta el día de hoy, entero y flexible, exhalando un suave olor.

19. «Vayamos a la suavidad»

Cuenta una leyenda que, cuando los habitantes de Nazaret se veían dominados por alguna pena o tribulación, decían: «Vayamos a

la suavidad». Y acudían en busca de Jesús y de María. En el taller de Nazaret encontraban paz, consuelo, sosiego. Si en todas nuestras necesidades del cuerpo y del alma acudimos a la Virgen, encontraremos siempre la suavidad, la misericordia y el consuelo. Por algo decimos en las letanías: «Consuelo de los afligidos, ruega por nosotros.»

20. San Juan José de la Cruz

San Juan José de la Cruz, fraile de San Francisco, nació en Ischia, cerca de Nápoles, el mismo día de la Asunción. Desde la infancia profesó una devoción especial a la Virgen. En sus predicaciones y a sus penitentes recomendaba siempre recurrir a María. Ella os ayudará, os consolará, os defenderá, os librará, os consolará en vuestras aflicciones. En su celda conservaba un cuadro de la Santísima Virgen, al cual se dirigía con frecuencia, imploraba sus auxilios. Murió contemplando la imagen de su dulce Reina y Madre que, con sonrisa inefable, le abrió las puertas del cielo.

21. «Bajo tu amparo»

Una de las oraciones más antiguas (se re-

monta al siglo II) que los cristianos han dirigido a María, es la oración conocida por sus primeras palabras en latín *Sub tuum praesidium*. Es una oración preciosa. Antes se incluía en el rezo del Rosario.

Merece bien la pena de revitalizarla, pues es reconocimiento claro de la Iglesia primitiva en favor del poder intercesor de María. Recordemos aquí su formulación:

«Bajo tu amparo nos acogemos,
Santa Madre de Dios.
No desechéis nuestras súplicas,
antes bien, escuchadlas
y acogedlas benignamente. Así sea.»

(Alfonso González, C. M. F.)

22. El Papa de la Inmaculada

El 12 de abril de 1855, el inmortal Pío IX, de regreso de la visita a las catacumbas de San Alejandro, en la vía Nomentana, se detuvo con toda su corte en la Basílica de Santa Inés. Hechas sus devociones con todo su séquito y el Colegio de Propaganda Fide, fueron a una sala del contiguo convento de los Canónigos Lateranenses. Por la multitud de personas y quizá no buenas condiciones de la sala, apenas sentado el Pontífice, se hundió de repente el pavi-

mento y cayeron entre las ruinas. En el momento de terror y de confusión, el Papa imploraba el auxilio de María Inmaculada. Preocupados por la salud del Pontífice, vieron con admiración que estaba en pie sano y salvo, sin herida alguna. Luego se preocupó de su séquito y si había perecido alguno. Por gracia especial de la Inmaculada, estaban todos sanos y salvos, cuando, naturalmente, una buena parte, si no todos hubieran perecido o, por lo menos, resultado heridos.

La Inmaculada, que con tanta fe y confianza había invocado Pío IX, les había salvado. La Virgen Santísima quería demostrar su gratitud al Papa que, solemnemente, la había proclamado Inmaculada.

La confirmación de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción la tenemos en las múltiples apariciones de la Virgen de Lourdes a Santa Bernadetta. Desde entonces, María Inmaculada no ha cesado de mostrar su protección a tantos enfermos de cuerpo y alma que han visitado aquel Santuario Mariano, el más célebre de todo el mundo.

23. Un salvavidas

Ha dicho el obispo James Walsh, encarcelado en la China comunista desde 1962 a

1973, sobre el Santo Rosario: «Suficientemente sencillo incluso para un niño, y, además, suficientemente rico para remediar cualquier necesidad. Me ha sostenido toda la vida, y también cuando no había otros medios. Encontré en el Rosario un salvavidas que nunca falla; mi gran sustento, durante los doce años de prisión, fue el Rosario. No tenía lecturas religiosas ni posibilidad de obtenerlas; me fue imposible celebrar la Misa o recitar el breviario. ¿Qué hacer en estas circunstancias? La respuesta fue pronta y automática: el Rosario se puede rezar con los diez dedos al igual que si se usan cuentas. Durante años había rezado a diario las tres partes del Rosario. En la prisión siempre pude rezar seis, casi siempre doce, y, a veces, dieciocho Rosarios».

(«Palabra», n.º 186)

24. Admirable socorro

La Cristiandad, en sus grandes tribulaciones, ha alcanzado un admirable socorro por medio del Rosario, por ejemplo, en las guerras contra los turcos: la gloriosa batalla de Lepanto (1571), la liberación de Viena (1663) y la victoria de Belgrado (1716), se atribuyen al rezo del Rosario.

Igual socorro alcanzaremos en estos tiempos, si acudimos a la intercesión de la Virgen por medio del santo Rosario.

25. El Conde Radetzky

Este famoso general austríaco († 1858) rezaba con frecuencia el Rosario. Breves momentos antes de la batalla de Novara, estando ya con un pie en el estribo del caballo, se dio cuenta de que había perdido su rosario, y lo buscó obstinadamente por el suelo. Un soldado que le ayudó en la tarea, fue quien lo halló. Tomó Radetzky el precioso objeto, cabalgó y a poco daba la señal de ataque. Aquel día alcanzó la brillante victoria de Novara (1849).

Poseía este gran militar, en Milán, un precioso parque donde dejaba pasear a la gente como si fuera público. Cierto día, hallándose allí sentado en un banco, vio que algunos soldados se dirigían al lugar donde se encontraba. Se levantó y se fue a otro sitio.

Los soldados se acomodaron en el banco... Al poco rato llegó Radetzky en busca de su rosario. Y lo halló en manos de aquellos hombres groseros, para quienes el hallazgo fue motivo de burlas y soez regocijo. El valiente general les increpó: «¿Qué estáis haciendo con ese rosario? ¡Devolvédmelo, porque es mío!»

Y al punto terminó el jolgorio.

26. Abraham y María

Una mujer escuchaba un día la historia del sacrificio de Isaac, exigido por Dios para probar la obediencia de Abraham. A esta narración contestó la mujer: «Dios jamás hubiera exigido un tal sacrifico a una madre». Aquella mujer se engañaba. El Padre celestial exigió a Jesús, Hijo de María, el sacrificio de la Cruz por la redención del mundo. Jesús fue obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. María consintió y presenció el sacrificio y lo ofreció con su Hijo por nuestra salud eterna.

27. Visión de San Ildefonso

El glorioso San Ildefonso, arzobispo de Toledo, ornamento y gloria de España, fue un acabado modelo de las más sólidas y preclaras virtudes; pero en la que más se distinguió, fue en la devoción a Nuestra Señora, que se le había infundido desde el seno de su madre y que se puede decir había bebido con la leche.

Buena prueba dio de esta devoción, saliendo a la defensa de la celestial Señora contra unos desgraciados que, renovando la antigua herejía de Elvidio, negaban su perpetua virginidad. Ildefonso salió al encuentro de los enemigos y los convenció en pública disputa, y es-

cribió en honor de una de las más excelsas prerrogativas de su celestial Madre, el maravilloso libro titulado *De la perpetua virginidad de María.*

La Reina de los cielos no se dejó vencer en generosidad, y así quiso recompensar sus servicios con munificencia soberana. Era el 18 de diciembre del año 667, fiesta de la Expectación del parto de la Santísima Virgen. El santo Arzobispo, acompañado de sus familiares y clero, bajó a la media noche a cantar los maitines. Los diáconos, al abrir las puertas del templo, se detuvieron de repente deslumbrados por el resplandor de una viva luz que llenaba el lugar santo. Todos los fieles quedaron despavoridos con la novedad de este milagro y huyeron; sólo el santo Prelado no temía, antes, esforzando su corazón y mirando el resplandor con ojos de águila, entró en la iglesia y se puso a hacer oración delante del altar, como solía, y, alzando los ojos, vio a la Santísima Virgen, acompañada de coros de ángeles y vírgenes del cielo, sentada en la cátedra donde él solía predicar al pueblo. No se pueden explicar ni comprender los afectos y movimientos interiores que esta vista causó en el pecho de Ildefonso. Estaba atónito por la novedad, confuso de su vileza, temeroso por la reverencia de tan soberana majestad, y su espíritu luchaba consigo mismo, no sabiendo lo que debía hacer, o mirar a sí o

mirar a la Virgen, retirarse o acercarse más.

Viendo María que su siervo fluctuaba entre el temor y la esperanza, le dio esfuerzo y le habló de esta manera: –«Porque guardaste tu virginidad y defendiste la mía con limpieza de corazón y fe fervorosa y amor entrañable, yo te honraré hoy con un don del tesoro celestial, y de mi mano te adornaré de esta vestidura gloriosa, para que uses de ella en mis festividades.» Y diciendo esto, le entregó una casulla que traía en las manos y comenzó a desaparecer aquella visión celestial, quedando el templo lleno de una suavísima e inefable fragancia.

(Reina y Madre)

28. Dos heridas en la cara

Los polacos han proclamado *Regina Poloniae*, Reina de Polonia, a la Virgen de Jasna Gora. Este nombre proviene de una colina cercana a Czestochowa, donde se construyó el santuario, y significa: «Monteclaro».

Esta Virgen tiene dos heridas en la cara. Una partida de bandoleros causaron, en 1430, daños a la tabla sobre la que está pintada la imagen, e incluso dieron dos sablazos a la mejilla derecha de nuestra Madre.

Durante el mes de agosto, en caminatas de hasta doscientos cincuenta kilómetros, más de veinte mil jóvenes van de la zona de Varsovia a Czestochowa. Les da lo mismo que haga calor o que la noche sea muy fría. A todo lo largo del camino, los labriegos salen y festejan a los caminantes, les ofrecen pan y leche, frutos y tocino.

Después del largo viaje, los peregrinos dan una vuelta a la plaza de la basílica –una buena explanada–, rezando el Vía Crucis en memoria de lo mucho que Cristo y su Madre sufrieron por nosotros. Luego entran a saludar a su Reina. Juan Pablo II, en una homilía con motivo de su visita al santuario en 1979, nos confió que él solía limitarse a repetir en un susurro: *Totus Tuus* –«soy todo tuyo»–: la frase que incorporó a su escudo episcopal y que todo el mundo conoce.

(I. Segarra, «Anécdotas marianas para hacer oración»)

29. La súplica de un preso

Doña Blanca de Castilla, la madre de San Luis, rey de Francia, era conocida en todo el reino por su corazón misericordioso y compasivo. En el momento en que pasaba cierto día

con las damas y caballeros del séquito junto a la prisión de París, un preso, desde una alta ventana, imploró piedad a la noble señora.

–Yo por mí –le contestó la noble dama– no puedo darte la libertad que tanto anhelas, pero intercederé para que te sea concedida.

Y no anduvo remisa en cumplir lo prometido, pues, sin perder un momento, llegóse a su hijo, le condujo a la misma cárcel y, ya en ésta, le dijo:

–Por el amor que me tienes y que yo te tengo, concede la libertad a ese pobre infeliz que se consume en su prisión.

Así lo hizo el rey; y, disponiendo que el preso fuese traído a su presencia, antes de soltarlo, le habló de esta manera:

–Eres libre, pero no te olvides de que lo debes todo a mi madre; sin ella nada habrías alcanzado...

Tampoco el Rey del Cielo sabe denegar una petición de su MADRE. Con harta claridad lo enseña lo acontecido en las bodas de Caná de Galilea, donde Jesús, a instancias de María, obró el primer milagro.

30. Un fotógrafo descreído

Cuando, en 1948, la Virgen de Fátima llegó a Madrid, un fotógrafo, verdadero artista, pero

descreído, se dijo para sí: «¡Qué buen negocio se presenta para mí! Prepararé mis mejores placas. Ningún otro fotógrafo sacará cosa igual».

Llegó el momento propicio. La luz está en su punto. La vista es ideal. El paisaje, maravilloso. La muchedumbre sirve de marco precioso a la estatua de la Virgen. Disparó la máquina. Las palomas y las flores salen preciosas; todo menos la Virgen, que no aparece. «Será que la placa no está bien. Probaré con otra mejor.» La impresiona con cuidado... y todo sale perfecto, menos la estatua de la Virgen, que no se ve. En la tercera placa, en la cuarta, en la quinta y sexta, el mismo prodigio.

«Y yo, aturdido y arrepentido, dice el fotógrafo, caigo de rodillas exclamando: Virgen Santísima de Fátima, perdóname: ya comprendo que no soy digno de ver la belleza de tu rostro divino. Perdóname.»

Y el fotógrafo descreído se convirtió de veras.

Si la Virgen hace, a veces, prodigios para salvar a los pecadores que no creen en su protección maternal, ¿qué no hará por los que nos esforzamos en honrarla?

31. ¿A quién hemos de creer?

¿Vamos a creer a esos atrevidos doctorzuelos que dicen que el Rosario es una devoción anticuada y monótona, o a la Santísima Virgen, que la inspiró a Santo Domingo y que, tanto en Lourdes, como en Fátima y en otras apariciones, no ha cesado de recomendarla?

«*Antonio* –dijo la Santísima Virgen en una de sus apariciones a San Antonio María Claret–, *continúa predicando sin cesar mi Rosario, porque en el Rosario está cifrada la salvación de tu patria...*»

32. Copiemos a María

Los buenos hijos procuran copiar los buenos ejemplos y virtudes de sus padres.

Si queremos *ser felices eternamente* y alcanzar un trono muy alto en el Cielo, *copiemos a María*, nuestra Madre celestial, principalmente en sus *intenciones*. Ella todo lo hacía para la mayor gloria de Dios. Hacía lo que nosotros hacemos, pero con la intención de glorificar a Dios. A nosotros nos cuesta trabajar por la gloria del Señor. Recibimos tantos tirones de una y otra parte...

Un tirón lo recibimos de nuestro orgullo. La mayor parte de nuestras obras las mueve el

amor propio, el orgullo. Preguntémonos: «¿Por qué he hecho esto? ¿Con qué móvil?» Y, si somos sinceros, tendremos que responder: «Para que me vean, me estimen, me tengan consideración... » Pues esto nunca se le ocurrió a la Virgen Santísima.

Otro tirón lo recibimos del ansia de ganar dinero o ventajas humanas. ¡Lo que hace la gente por sus ganancias...! Si lo hicieran por Dios, como lo hacía la Virgen, se elevarían hasta la cumbre de la virtud. ¡Y pensar que más nos mueve la ganancia material que la gloria de Dios...!

Y otro tirón nos viene del deseo de comodidades. Muchas son las cosas que hacemos solamente por estar bien, por no sufrir. De las propias comodidades no se preocupaba nunca la Virgen. Sabía que su Divino Hijo no había venido a gozar, sino a sufrir...

Copiemos a María en sus altas intenciones. Poco valen nuestras obras; pero, hechas con la recta intención de la gloria de Dios, cambian del todo: se ennoblecen y avaloran.

(*María Madre.* Alcolea. Almería)

33. El Mariscal de Lattre

En la última fotografía, aureolada con la

severa majestad de la muerte, el insigne Mariscal de Lattre de Tassigny, distinguido miembro de la «Resistencia Francesa», aparece vestido de uniforme y con el rosario entre las manos. Así lo ordenó antes de morir. Prefirió su rosario al bastón de mariscal. Sus dedos aprisionan amorosamente un diminuto rosario, de cuyo extremo pende una medallita con la bella imagen de la Virgen.

¡Qué aleccionador ejemplo en un hombre de armas, en un genial militar y gran defensor de su patria!

¡Cuántas veces creen los insensatos que la devoción es cosa de mujeres o de mentes débiles!

34. El camino más corto

María es el puente tendido entre dos orillas de distancia infinita: la divinidad de Jesús y nuestra miseria humana. Es el talismán prodigioso que nos defiende de dos fuerzas terribles: el poder de las Tinieblas y la Ira de Dios. El camino más corto y más fácil para retornar a la casa del Padre es María.

Los enemigos de Dios procuran apartarnos de la devoción a María. Vayamos a María como recurso en este trance tan grave para la Iglesia y para la Humanidad.

35. Los que no comprenden

Poco después de la segunda guerra mundial, un mutilado que en ella había perdido una de sus piernas, peregrinó a Lourdes. Se hallaba rezando fervorosamente a la Virgen, cuando un incrédulo de pocas luces y menos delicadeza, le dijo:

–¿Crees acaso, iluso, que la Virgen va a devolverte tu pierna?

–En verdad que no espero recuperar mi pierna –respondió el mutilado–. Pero rezo a la Virgen para que me ayude a vivir feliz sin esa pierna que perdí para siempre...

36. San Alberto Magno

Conocido es en los anales de la ciencia el insigne doctor de la Iglesia San Alberto Magno, religioso de la Orden de Predicadores.

Este esclarecido varón que, con su sabiduría, ha ilustrado las ciencias teológicas y filosóficas, apenas tomado el hábito de Santo Domingo, estuvo a punto de abandonar su vocación a causa de su poca capacidad para el estudio. Confuso al ver que, a pesar de sus empeñados esfuerzos, sus condiscípulos de filosofía le dejaban muy atrás en el aprovechamiento de esta difícil ciencia, llegó a creer que debía

adoptar otro género de vida. Pero su devoción a la Santísima Virgen, a quien había piadosamente recurrido en demanda de luces, le salvó.

Una noche, mientras dormía, parecióle ver que, mientras él colocaba una escalera en los muros del convento para fugarse, y comenzaba a trepar por ella, aparecian en lo alto de la muralla cuatro venerables matronas, entre las cuales una aventajaba a las demás en hermosura y majestad. Parecíale que éstas le impedían subir, y en vano intentó hacerlo por tres veces; pero, al fin, una de ellas le preguntó cuál era el motivo que le inducía a tomar aquella resolución. Alberto contestó: –«Me voy porque veo que mis compañeros hacen grandes progresos en filosofía, mientras que yo me aplico inútilmente.» Entonces la matrona que le había hecho la pregunta, añadió: –«He aquí la Reina del cielo, Asiento de la Sabiduría, dirígete a Ella y conseguirás lo que deseas.»

Alberto, dirigiéndose a la celestial Señora, suplicóle le diese entendimiento bastante para aprovechar en el estudio de las ciencias. María oyó benignamente su súplica y le aseguró que conseguiría lo que deseaba, añadiéndole: –«Pero para que sepas que esta gracia la has obtenido por mi intercesión, llegará un día en que, mientras estés enseñando públicamente, olvidarás de improviso todo cuanto hubieres aprendido.»

Los resultados demostraron que aquella visión no había sido un puro sueño, porque al día siguiente hizo Alberto tan rápidos progresos en las ciencias, que maravillaba a todos por su talento y sabiduría. Explicaba con admirable claridad las cuestiones más difíciles de Teología y Filosofía, y muy en breve llegó a ser el más insigne maestro de estas ciencias y la lumbrera de su siglo.

Y para que nada faltase al cumplimiento de la predicción hecha por su Soberana protectora, tres años antes de su muerte, estando en Colonia, perdió repentinamente la memoria, sin conservar ni rastro del gran caudal de ciencia con que había asombrado al mundo.

Muy conmovido, refirió entonces a sus discípulos lo que le había sucedido en otro tiempo, manifestándoles que toda aquella ciencia, que le mereció el título de Magno, era dádiva generosa de la que es justamente llamada *Asiento de la Sabiduría.*

Este prodigio nos señala a todos el camino por donde debemos buscar la sabiduría y el aprovechamiento en el estudio. Acudamos a María, todos los días, en nuestras dudas y en nuestras necesidades.

(Reina y Madre)

37. Señalado favor prometido a Santa Matilde

Leyendo un día Santa Matilde las palabras que el divino Salvador agonizante dirigió a María: «Mujer, he ahí a tu hijo», sintióse inspirada del vivo deseo de pedir a Dios que la hiciese participante de la misma gracia que concedió a San Juan, en cuyo favor había Jesucristo pronunciado aquellas palabras desde la Cruz, y que en favor de ella dijese a la Santísima Virgen: «Mujer, he ahí a tu hija». Aun no había acabado de hacer esta súplica, cuando tuvo cumplido efecto.

La Santa oyó claramente cómo el adorable Redentor la recomendaba a la piedad de su Madre en consideración a la sangre que había derramado y a la muerte que había sufrido por la salvación del alma de esta hija, que ya era su esposa por razón de los votos que le había consagrado Matilde.

Inundada de gozo y de confianza después de esta recomendación, quiso hacer igual súplica a Nuestro Señor en favor de todos los devotos que le dirigieran la misma petición, y el divino Salvador se dignó responderle que no rehusaría jamás esta gracia a quien se la pidiese con fervor.

Después de esta tan señalada promesa, son muchos los que han pedido igual favor y se han sentido objeto de una providencia mater-

nal particularísima de parte de la Santísima Virgen.

(Reina y Madre)

38. El rosario a María

Era José de Rivella un mozo de restaurante que murió hace unos años en Roma. Tenía fama de santo, y era por la gente llamado «el camarero de Nuestra Señora». Era devotísimo de María; pero a un camarero no es tan fácil rezar el rosario entre el murmullo de la gente y las manos de continuo ocupadas en el quita y pon de los utensilios.

Y el buen camarero encontró, sin embargo, un medio de hacerlo, muy original por cierto. Ajeno a las conversaciones de clientes, se recogía en la intimidad de su alma y contaba las *Avemarías* por las cabezas de los comensales. Cada diez clientes, una decena y un misterio de su rosario...

La radio del Vaticano, al dar la noticia de su fallecimiento, comenzó con estas palabras:

«¡Un hombre santo a muerto!»

* * *

Y santamente morirá el devoto del rosario.

Sentenciado a muerte el general Riego, pidió un confesor. Y confesó sus culpas con tanta sinceridad y dolor, que el confesor, admirado, le preguntó:

–Dime, hijo mío, ¿qué has hecho para merecer este favor de Dios?

–Padre, mi vida ha sido un tejido de iniquidades; si a alguna obra mía debo atribuir el que Dios se compadezca de mí, ésta sola recuerdo: cuando niño, mi madre me hacía rezar con ella el rosario y, desde entonces, jamás dejé de rezarlo. *¡El rosario a María!*

(Alfonso González, C. M. F.)

39. El loro y el gavilán

Es curiosa la leyenda de un lorito que había aprendido a decir AVE MARIA. Perseguido por un gavilán y a punto de ser devorado por el mismo, el lorito invocó este nombre y el gavilán quedó muerto en el acto y el loro quedó en libertad. Puede que se trate de un cuento, pero es realmente cierto que, si en las tentaciones invocamos a la Virgen, el gavilán del demonio no podrá nada contra nosotros. El verdadero devoto de la Virgen es imposible que se condene.

40. San Francisco de Borja

Decidido el que fue Virrey de Cataluña y gran amigo del emperador Carlos V, el célebre Duque de Gandía, Francisco de Borja, a ser religioso, fluctuaba entre la religión de San Francisco y la Compañía de Jesús.

Después de muchas oraciones y penitencias, encerróse un día en su oratorio con Fray Juan de Tejada, franciscano, y, puestos ambos de rodillas ante un crucifijo, le conjuró le dijese su parecer sobre cuál de los dos extremos sería más grato a Dios. Pidió el Santo religioso cuatro días de tiempo para poder contestarle, y, pasados éstos, tomó a Borja de la mano, y, llevándolo al Oratorio y arrodillándose en el mismo sitio, le dijo: «Dios y su santa Madre quieren que entréis en la Compañía de Jesús». Después, a instancias del Duque, el fraile le describió esta visión: Estaba yo esta mañana, postrado en el suelo, con llanto copioso, pidiendo a la Reina del cielo que nos alumbrase, como estrella, cuando me obligaron a levantar el rostro y vi a María con indecible benignidad, que me dijo: «Dile al Duque que se entre en la Compañía de mi Hijo, porque ese es mi gusto y en lo que más se agrada mi Hijo; que ha de ilustrar y levantar mucho esta religión, ahora pobre y desconocida, y ser instrumento de grandes servicios en la Iglesia».

Y, apareciéndose María al mismo San Francisco de Borja, que tan de verdad le pedía su consejo, le dijo: «Francisco, éntrate en la Compañía de mi Hijo».

(Vida del Santo por el Cardenal Cienfuegos).

41. Le limpió el sudor de la frente

Un Sacerdote, devotísimo de la Virgen de los Dolores, se había encerrado en una solitaria capilla para meditar y compadecerse de los dolores de María; y llegaba a tanto su compasión que, a las veces, enjugaba con un pañuelo las lágrimas de una estatua de la Dolorosa que allí había. Cayó el Sacerdote gravemente enfermo, y los médicos dieron la cura por desesperada. Cuando estaba a punto de expirar, vio a una señora, de incomparable hermosura, que le consolaba con palabras blandas y suaves y con un lienzo finísimo le limpiaba el sudor de la frente. Al verse al punto sano del todo, el Sacerdote preguntó: «Pero, Señora, ¿quién sois vos que habéis usado conmigo de tanta caridad?» «Soy –respondió María– aquella a quien tú has enjugado tantas veces las lágrimas». Y desapareció.

(San Alfonso M.ª de Ligorio,
de «Las Glorias de María»)

42. Los Santos y el Rosario

Los Santos todos, desde que la devoción del Rosario se dio a conocer en la Iglesia, lo rezaban todos los días. San Francisco Javier y el Santo Cura de Ars rezaban los quince misterios todos los días, a pesar de su abrumadora tarea apostólica. Santa Margarita María de Alacoque rezaba los quince misterios de rodillas. San Clemente María Hoflauer iba rezando Rosarios, cuando le llamaban a asistir a algún enfermo. San Francisco de Sales y Santa Juana Fremiot tenían hecho voto de rezarlo todos los días. San Bernardino de Siena contaba el Rosario entre sus dos devociones predilectas. San Luis Gonzaga reconocía que debía al Rosario su vocación. San Alonso Rodríguez tenía callos en los dedos de tanto pasar sus cuentas. San Francisco de Borja lo rezaba con abundantes lágrimas y sollozos. San Félix de Cantalicio lo interrumpía muchas veces con sus éxtasis. San Alonso María de Ligorio, muy anciano y enfermo, rezaba con gran trabajo los quince misterios, y a los que se extrañaban de su empeño, les dijo:

«Es que vosotros no sabéis, que al Rosario debo yo mi salvación». San Bernardino Realino rezaba en su ancianidad doce o trece Rosarios cada día. Con los Santos todos, nos lo recomiendan todos los Papas. Basten estas pala-

bras de Pío IX: «Rezad, rezad esta oración tan sencilla y tan enriquecida con indulgencias, repetía a los peregrinos. Decid, que el Papa no se contenta con bendecir el Rosario, sino que lo reza todos los días, y que invita a todos sus hijos, a que le imiten. Esta es mi última palabra, que os dejo como recuerdo y testamento». León XIII, el Papa del Rosario, llega a decir: «Tanto para la salvación de la grey cristiana, como para la gloria de la Iglesia, el medio principal es el Santísimo Rosario.»

¿Y qué dicen los sabios? La Universidad de Salamanca afirma: «El Rosario ha confirmado a los reinos de España en la santa fe católica». Y la de París: «Bajo juramento afirmamos que la mayor parte de los pueblos de Francia han quedado limpios de herejes por el Rosario de Santo Domingo». Y la de Bolonia: «Dios nos ha librado de la peste, hambre y guerra por Nuestra Señora del Rosario». Ella, pues, será nuestra Soberana y nuestra Patrona. ¿A qué decir más? Sólo resta, que nadie lo deje de rezar un solo día.

(Mensajero del Corazón de Jesús)

43 – Probadlo y presto os convenceréis

Santa Teresita del Niño Jesús solía decir: